



RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes



Universidad
Nacional
de Quilmes

Devoto, Fernando J.

Atilio Dell'Oro Maini : los avatares de una generación de intelectuales católicos del centenario a la década de 1930



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Devoto, F. J. (2005). Atilio Dell'Oro Maini: los avatares de una generación de intelectuales católicos del centenario a la década de 1930. *Prismas*, 9(9), 187-204. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes
<http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/2282>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

Atilio Dell'Oro Maini

Los avatares de una generación de intelectuales católicos del centenario a la década de 1930

Fernando J. Devoto

Universidad de Buenos Aires

Como en otros campos, también en el de los estudios sobre la historia del catolicismo en la Argentina se han hecho notables avances en los últimos años. Este artículo propone una contribución adicional a ellos que concierne a un problema limitado: las relaciones entre laicos y eclesiásticos. La misma es además explorada siguiendo apenas el caso particular de un grupo que formula un conjunto de iniciativas dirigidas hacia los grupos de élite argentinos. Tema que ha recibido menor atención que los de otros orientados hacia los sectores medios o populares.¹ Mira así fundamentalmente hacia el interior del mundo católico y no hacia las relaciones del mismo con la sociedad, el Estado y la política argentina.

La contribución reconoce otras limitaciones. En primer lugar, el autor no es un especialista en historia de la Iglesia. En segundo lugar, aunque reposa sobre el *corpus* documental provisto por un archivo riquísimo de una figura clave para estudiar el problema precedente por su posición central y por su estrategia de mediación entre los distintos

grupos –Atilio Dell'Oro Maini–, no deja de ser una mirada sectorial que puede y debe ser enriquecida en el futuro por las perspectivas que brinden otras fuentes.²

Renacimiento católico

Como en el estudio de cualquier problema, las periodizaciones pueden ser múltiples según sean las dimensiones que se privilegien. Para las aquí escogidas, el momento del Centenario puede ser considerado clave en el proceso de renacimiento del catolicismo en la Argentina. Como ya ha sido señalado por otros autores, el mismo presenta en el nivel simbólico una conjunción entre catolicismo y patriotismo del cual la célebre oración patriótica de monseñor De Andrea constituye un ejemplo. A ello habría que agregar otras dos dimensiones.

Primeramente, un renacimiento político. Ha sido poco observado cuánto la desintegración del orden roquista posibilitó a muchos

¹ Una contribución relevante hacia el mismo tema pero en un período posterior lo constituye el artículo de Susana Bianchi, “La conformación de la Iglesia católica como actor político-social. Los laicos en la institución eclesiástica: las organizaciones de elite (1930-1950)”, en *Anuario del IEHS*, N° 17, 2002.

² Agradezco a la señora Susana Vacarezza de Dell'Oro Maini y a la profesora Magdalena Dell'Oro que me hayan facilitado el acceso a los materiales de su archivo familiar. También a esta última los invalorable y numerosos datos que me brindó sobre un tema que conoce mucho mejor que yo.

otros actores, hasta entonces marginados, volver a un lugar de primer plano en las dinámicas alianzas que una situación fluida posibilitaba. Entre ellos a los católicos. Los mismos se integraron a la coalición de Sáenz Peña por expreso interés de éste, que buscaba incluir en la Unión Nacional a todos aquellos perseguidos o marginados por el roquismo y además abrir a grupos que procedieran de fuera de la vieja política. Aunque la iniciativa de Sáenz Peña —al comenzar por las conversaciones con Joaquín Cullen y Emilio Lamarca en las instancias preparatorias de la Unión Nacional— buscaba incorporar a hombres procedentes del catolicismo pero no a un partido católico, ello no dejó de suscitar alarmas en otros sostenedores de su candidatura y críticas de los opositores roquistas y republicanos.³ Asimismo, si bien la presencia de Ernesto Bosch como ministro de Relaciones Exteriores y sobre todo la de Indalecio Gómez como ministro del Interior reflejaban más la amistad de ambos con el nuevo presidente que una recompensa al apoyo explícito de la Unión Patriótica, no por ello dejaba de colocar en un lugar relevante del nuevo gobierno a intelectuales claramente identificados con el mundo católico. La situación desató la preocupación alarmada del vocero del socialismo argentino, que veía en el nuevo gobierno una reacción clerical.⁴

También en 1910 la Iglesia Católica, cuya sostenida tarea en pos de expandir su presencia en el mundo educativo era percibida por todos, lanzó en ese terreno una iniciativa más ambiciosa: la inauguración de una Universidad Católica.⁵ La decisión tomada en la Con-

ferencia Episcopal, reunida en Luján en 1909, buscaba competir con la Universidad Pública en aquellos dos ámbitos prestigiosos en los que se formaban las élites argentinas, las facultades de Medicina y Derecho.⁶ Aunque otorgaban la prioridad en importancia a la primera, reconocían que la misma requería un mayor tiempo de instalación ya que implicaba la creación de un “Hospital Modelo” y por ende decidían comenzar con la Facultad de Derecho. Aunque los documentos consultados no permitan considerar esta iniciativa como parte de una clara estrategia uniforme e integrada a las precedentes, sí puede considerarse como parte de un clima común en el mundo católico (eclesiásticos y laicos) en el que las posiciones alcanzadas en la década anterior parecían alentarlos hacia iniciativas más ambiciosas que extendiesen su influencia en la sociedad argentina. La presencia en el Consejo Superior de la nueva Universidad —designado por el Arzobispado y cuyo rector era monseñor Luis Duprat— de figuras como Emilio Lamarca, Joaquín Cullen, Bernardino Bilbao, Rómulo Ayerza y monseñor De Andrea muestra esa convergencia de las fuerzas católicas que operaban hacia el ámbito de las élites argentinas. La inclusión también en él del padre jesuita Vicente Gambón, de importancia en iniciativas culturales sucesivas, sugiere el papel desempeñado por la Compañía de Jesús en la creación. Papel que puede ser visto como culminación de la obra de formación de jóvenes de las élites locales que desde el Colegio del Salvador buscaba competir

³ M. Castro, “Factional Struggle, Political Elites and Electoral Reform in Argentina, 1898-1912”, tesis de doctorado, Universidad de Oxford, 2004.

⁴ F. Devoto, “De nuevo el acontecimiento: Roque Sáenz Peña, la reforma electoral y el momento político de 1912”, en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, N° 13, 1996.

⁵ Universidad Católica de Buenos Aires, *Discursos pro-*

nunciados en su inauguración, Buenos Aires, Casa Editora Alfa y Omega, 1910. Acerca de la expansión de la educación secundaria católica, para 1913 existían en la ciudad de Buenos Aires 33 colegios católicos con 11.000 alumnos, según R. Di Stefano y L. Zanatta, *Historia de la Iglesia en la Argentina*, Buenos Aires, Grjalbo, 2000, p. 385.

⁶ Universidad Católica Argentina, *Consejo Superior y Profesores. Conclusiones Preliminares y Carta Orgánica. Reglamento Interno Provisorio*, Buenos Aires, Casa Editora Alfa y Omega, 1914.

en ese terreno, desde hacia años ya, con el Colegio Nacional de Buenos Aires.⁷

La creación de la Universidad Católica se hacía, desde luego, buscando un reconocimiento del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública de la validez de los títulos que expidiese. Para ello, en 1912 se formalizó la solicitud que apelaba a una interpretación de la ley 934 de 1878 sobre libertad de enseñanza. A partir de ella, la Iglesia aspiraba a que a su Universidad se le reconociesen los derechos concedidos a las escuelas secundarias privadas: que sus alumnos fuesen considerados regulares y pudiesen rendir exámenes parciales o finales ante tribunales mixtos, formados por profesores del establecimiento privado y otros de los públicos. Interpretando el artículo 6 de aquella ley, que dejaba hacia el futuro la regulación de la situación de las universidades no nacionales (en relación con los institutos superiores provinciales), solicitaba que ese reconocimiento le fuese otorgado.⁸

No puede desde luego desvincularse la iniciativa del poder creciente que los católicos estaban obteniendo en el seno del gobierno Sáenz Peña con la centralidad que adquiría Indalecio Gómez, a medida que la salud del presidente se resquebrajaba. Centralidad que se proyectaba hacia esa área estratégica para los católicos que era el Ministerio de Justicia e Instrucción Pública. Dos pruebas de ello serán la renuncia de José María Ramos Mejía, tenaz opositor de las escuelas católicas y de las privadas en general, al Consejo Nacional de Educación en 1913 –según sugirió José Ingenieros por la subrepticia acción cleri-

cal–⁹ y la designación a principios de 1914 de un notorio militante católico como Tomás Cullen (hermano del vicepresidente de la Universidad Católica) en aquel Ministerio.

En cualquier caso, aunque el Ministerio dio curso a la solicitud de la nueva Universidad, el Consejo Directivo de la Facultad de Derecho la rechazó, considerando que el tema concernía a la autonomía universitaria y que por ello el Ministerio nada tenía que decir al respecto. El Consejo Superior validó luego esa posición. De este modo, la vida de la Universidad Católica de Buenos Aires, imposibilitada de emitir títulos reconocidos, se hacía muy incierta, como lo probaría que muy pocos alumnos completarían sus estudios a la vez en la Facultad de Derecho oficial y en la Católica. En 1919 cesó sus actividades y en 1922 cerró definitivamente sus puertas.

Si nos hemos detenido en este tema es porque en torno del mismo girarán en los años sucesivos un conjunto de iniciativas impulsadas por un grupo de jóvenes, que buscaban crear las bases para una futura nueva Universidad Católica o para institutos que cumplieren, sin serlo, un papel homólogo o complementario como parte de una estrategia más amplia de formación de las élites.

Juventud ante todo

La palabra juventud, con o sin acompañamiento musical, estará en boca de muchos en diferentes contextos occidentales en la década de 1910 y principios de la siguiente. También en la Argentina y también entre los católicos. Éstos participan a su modo de la idea de pertenencia a una nueva generación que viene a remediar las deficiencias de las pre-

⁷ Sobre la importancia del Padre Gambón en la perspectiva de Dell'Oro Maini en los distintos emprendimientos por él y otros jóvenes iniciados en los años de 1910 y comienzos de la década de 1920, cf. A. Dell'Oro Maini, "La época de *Estudios* y el pensamiento del P. Vicente Gambón" (manuscrito), en Archivo Dell'Oro Maini (en adelante ADOM), p. 346.

⁸ Universidad Católica de Buenos Aires, *Dos documentos importantes*, Buenos Aires, Imprenta Juan Alsina, 1913.

⁹ J. Ingenieros, "La obra de José María Ramos Mejía", en J. M. Ramos Mejía, *La neurosis de los hombres célebres en la historia argentina*, Buenos Aires, Rosso, 1932, p. 60.

cedentes (miradas con algo de condescendencia) e involucra el mundo de los intelectuales en general.¹⁰ Así, exposiciones acerca de las cualidades de los jóvenes y de los deberes, en especial de la juventud universitaria, son bastante abundantes entre estos nuevos católicos. Incluso la misma expresión “nueva generación”, tan popularizada con la visita de Ortega en 1916, es empleada para señalar nuevas tareas y actitudes.¹¹ No es de ningún modo sorprendente encontrar (al servicio de otros ideales) un clima de época común si se piensa que comparten con otros jóvenes –por ejemplo los que darán lugar a la reforma universitaria– la procedencia de ambientes sociales semejantes. Es decir, en la franja, ancha pero no indeterminable, de aquellos que podían acceder a una enseñanza superior además arancelada. Comparten también la experiencia misma de una Universidad en transformación y reciben el impacto común de otros fenómenos como la democratización política o la guerra europea, que parece augurar un mundo nuevo (y en este caso, para ellos, un “renacimiento” católico).¹²

¹⁰ La expresión generación es usada aquí en el sentido dado a ella por Karl Mannheim (y no en el de Ortega), como grupos de personas coetáneas impactadas por un mismo tipo de experiencias formativas pero que en tanto tal no existe siempre ni involucra necesariamente a todos los que en una sociedad pertenecen a una misma franja etárea. K. Mannheim, *Essays on the Sociology of Knowledge*, Londres, Routledge and Kegan, 1952, y H. Schuman y J. Scott, “Generation and Collective Memories”, en *American Sociological Review*, vol. 54, Nº 3, 1989.

¹¹ “Por eso toda la nueva generación se distingue de la precedente por un deseo intenso de romper con métodos y sistemas puramente negativos” y por tratar de suministrar algo más que “una apologética que no dudo en llamar pueril”, Atilio Dell’Oro Maini, *Nuestra Juventud Universitaria* (separata de la revista *Estudios*), Buenos Aires, R. Herrando y Cia., 1917.

¹² “En la reconstrucción mental que seguirá a la guerra, la filosofía cristiana podrá ofrecer a las almas duramente probadas, frente al subjetivismo criticista y el positivismo agnóstico, en todas sus formas, tres afirmaciones fundamentales: 1) La afirmación neta y precisa de la legitimidad del conocimiento; 2) soluciones metafísicas que satisfacen ese afán indestructible del alma por lo

Un figura emblemática de esos jóvenes católicos es Dell’Oro Maini. Egresado del Colegio del Salvador, al igual que otros había sido partícipe de iniciativas desarrolladas por la Compañía de Jesús, como la Academia Literaria del Plata y su órgano la revista *Estudios* (que aspiraría sin éxito a ocupar un lugar equiparable a otras revistas de la Compañía como *Civiltà Cattolica*, editada en Roma, o *Razón y Fe*, editada en Madrid) o el Centro de Estudiantes de la Universidad Católica, que sostendría una publicación mensual, expresión del mismo.¹³ A partir de esas experiencias y en relación con el clima existente en la Universidad pública, cuyos centros de estudiantes sociales y deportivos databan de principios del siglo XX,¹⁴ Atilio Dell’Oro Maini se contaría, junto con otros “discípulos de los jesuitas”, entre los iniciadores de los Centros Católicos de Estudiantes que se crearían en la Universidad de Buenos Aires y en colegios nacionales de la Capital para propagarse luego hacia el interior.¹⁵

Los centros, nacidos en 1910, habrían tenido, según Dell’Oro, en su momento de mayor florecimiento (entre 1915 y 1918), cuatrocientos socios, y se estaban expandiendo hacia La Plata, Luján, Córdoba, Santa Fe, Rosario, Salta y Santiago del Estero. Incluso se buscaba establecer vínculos con el Centro de Estudiantes de la Universidad Católica de Chile y con estudiantes brasileños.¹⁶

absoluto y lo infinito; 3) un conjunto de principios a los cuales conformar la vida moral de las sociedades contemporáneas”, en *ibid.*

¹³ *La Facultad Libre de Derecho. Revista oficial del Centro de Estudiantes de Derecho de la Universidad Católica*, Año II, Nº 8, abril de 1913.

¹⁴ Tulio Halperin Donghi, *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, EUDEBA, 2002, pp. 85-86.

¹⁵ A. Dell’Oro Maini, “La época de la fundación de *Estudios*...”, citado.

¹⁶ A. Dell’Oro Maini (reservada), 16 de abril de 1923, en ADOM, III-1, y “El Centro Católico de Estudiantes y los Cancilleres del Brasil y Chile”, en ADOM, caja 18.

Estos Centros se darían su propia publicación, *Tribuna Universitaria*, nacida en 1913. Observando los dos números hallados de la misma pueden señalarse algunos rasgos de interés. En primer lugar, una plena reafirmación de los deberes generacionales puestos al servicio de una concepción católica integrista (“somos íntegramente católicos”). En segundo lugar, la presencia en sus páginas de un conjunto de nombres que luego reaparecerán en los Cursos de Cultura Católica, en la revista *Criterio*, en el Ateneo Social de la Juventud y en otras iniciativas. Asimismo, la mayoría de ellos pertenecía a las promociones de egresados de 1917 y 1918 de las distintas facultades de la Universidad de Buenos Aires.¹⁷ De este modo, la vida universitaria y más aun la participación en las actividades de los Centros parecen ser, más que otros ámbitos, el lugar donde se anudaron fuertes lazos entre esos jóvenes, a la sazón estudiantes universitarios, cuya procedencia excedía en mucho el núcleo inicial de ex estudiantes del Colegio del Salvador, aunque desde luego sólo una parte de ellos se incorporará a las iniciativas posteriores.¹⁸

¹⁷ Entre los nombres que aparecen en el Comité de la revista como autores de artículos en la misma o participando de distintas iniciativas de los Centros, enumeramos: Dell’Oro Maini, César Pico, Eduardo Saubidet Bilbao, Carlos A. Sáenz, Emilio Mac Donagh, Bernardino Bilbao (h.), Octavio Pico Estrada, Julián Astarloa, Tomás Casares. Casares y Dell’Oro eran egresados de la Facultad de Derecho en 1918 y Bilbao en 1917, Astarloa de Ciencias Económicas (1917), Saubidet de Ciencias Exactas (1917), Octavio M. Pico Estrada (1917) y César Pico de Medicina. Cf. *Tribuna Universitaria*, Año III, N° 18, junio de 1916, y Año V, N° 33, octubre de 1917, y Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, *Graduados de 1918*.

La recurrencia de los mismos nombres en diversas iniciativas posteriores muestra a la vez la ligazón entre ellos y la alta densidad de la red de personas en ellas involucradas. La situación se repite en las asociaciones estudiadas por Susana Bianchi para la década de 1930.

¹⁸ Otros ámbitos o puntos de encuentro compartidos en ese período formativo son la aludida Academia Literaria del Plata, las Conferencias Vicentinas y la Juventud Católica Argentina, que realizaba sus Asambleas Anua-

La revista publicaba trabajos de índole variada, desde temas “científicos” hasta otros literarios. Ello permitía reunir un conjunto muy heterogéneo que incluía desde un artículo de César Pico sobre “La significación morfo-fisiológica del apéndice cecal”, a uno de Juan Zorrilla de San Martín sobre “Palabra y silencio”, a otro de Gustavo Franceschi sobre “La función social de la Universidad”, o a una severa crítica a Leopoldo Lugones (“El formidable”). Aunque no se observan artículos o notas que hiciesen referencia explícita a la política argentina (aunque sí a la actitud de los católicos ante ella), todo estaba permeado de una actitud misional y moralizante acerca de los deberes de los católicos, sea en cuanto estudiantes o en cuanto personas. Sobre la Universidad la revista parece defender una postura academicista, informando y emitiendo opinión sobre temas como el reglamento de exámenes o los aranceles universitarios. En dimensiones más propiamente políticas, la revista se manifestaba favorable al ingreso restringido y apoyaba actitudes orientadas hacia el estudio y no hacia lo que Franceschi llamaba “los estudiantes politiqueros [...] mezclados en luchas tan apasionadas como las electorales y partidistas”.¹⁹

Otras secciones completaban la revista: “Movimiento social cristiano”, “Universitarias”, “Libros y Revistas” y “Nuestra Acción”. Había en ellas abundante información sobre la actividad de la Iglesia, de sus organizaciones, de los Centros Católicos de Estudiantes y de los miembros individualmente. Ellas revelan la intercomunicabilidad de los distintos ámbitos en los que los católicos actuaban, como por ejemplo la presencia de los Centros en las peregrinaciones a Luján o en el VI Congreso de los Círculos Católicos de

les desde 1915. *Tercera Asamblea de la Juventud Católica Argentina*, Buenos Aires, Herrando y Cia., 1917.

¹⁹ G. Franceschi, “La función social de la Universidad”, en *Tribuna Universitaria*, Año III, N° 18, p. 9.

Obreros realizado en el local de “Unione e Benevolenza” en 1916.

La graduación de varios de los miembros, incluido Dell’Oro —que por un período había sido presidente de los mismos y director de la revista— precede por poco una intervención más acentuada de la Iglesia sobre los Centros, en 1919, que lleva a colocarlos más férreamente bajo la dirección del asesor eclesiástico (Franceschi) y a incorporarlos como estructura subordinada a la Iglesia en el marco de la Unión Popular Católica Argentina.²⁰

La iniciativa de la Iglesia de unir a las diferentes fuerzas católicas expresaba la voluntad de estructurar en una las distintas iniciativas del laicado y resolver la creciente conflictividad que existía entre ellas. Empero, expresaba aun más la voluntad de subordinar todas las fuerzas católicas a la conducción jerárquica y verticalista de la Iglesia. Y desde luego no puede dejar de considerarse el rol de determinadas personalidades intervinientes (como monseñor De Andrea) o el momento en que todo ello ocurre, aunque no sea aludido directamente en la documentación analizada: la Argentina inmediatamente posterior a la semana trágica.

En carta a destinatario no especificado (probablemente el padre Grote), Dell’Oro narra de este modo la coyuntura:

Apareció la UPCA de golpe, sin previa consulta, sin tener en cuenta lo existente, ni lo resuelto en los Congresos y haciendo como si nada existiese levantó un pesado organismo imponiendo la afiliación obligatoria y remodelando a su gusto la organización de aquellas entidades cuyos estatutos, preexistentes y aprobados por la

autoridad eclesiástica, no se ajustaban estrictamente a los suyos”.²¹

En otra carta de una semana posterior, ésta sí dirigida en el encabezado al padre Grote, aparecen bien los distintos motivos internos al mundo católico y (al menos en su visión) la jerarquía en importancia de los mismos, por lo menos en relación con los Centros Católicos de estudiantes. Afirma Dell’Oro que parte del problema eran

[...] las divisiones promovidas en su seno entre los jóvenes que simpatizaban o formaban parte de la “Unión Demócrata Cristiana” y los que respondían a la Junta Central de los “Círculos Católicos de Obreros”, cuyos dirigentes de entonces constituyen hoy el estado mayor, visible o invisible, de la UPCA.

Empero, pocas líneas más adelante aparece el punto principal y central de la controversia:

Fui el primer Presidente de la “Liga Argentina de la Juventud Católica”, organismo integrante de la UPCA y en mi campaña por la unidad de los jóvenes católicos no pude lograr que se adoptara por los Ilmos. Señores Obispos la idea de convocar a las entidades juveniles con el objeto de elegir sus representantes en el seno de la Liga, de acuerdo con los mismos estatutos de la UPCA para no prolongar el gobierno en manos de los elegidos por los Ilmos. Sres. Obispos con carácter transitorio. Ni tampoco logramos que la Curia Eclesiástica de Buenos Aires aprobara los Estatutos de diversas entidades de jóvenes preparados especialmente para facilitar su adhesión a la UPCA.²²

²⁰ Sobre el proceso de construcción de la Unión Popular, cf. N. T. Auza, *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino*, t. 3: *El proyecto Episcopal y lo social*, Buenos Aires, Ediciones don Bosco, 1988.

²¹ A. Dell’Oro Maini (reservada), “El Centro católico de estudiantes”, 16 de abril de 1923, en ADOM, III-1-212.

²² A. Dell’Oro Maini a F. Grote (confidencial), 21 de abril de 1923, en ADOM, III-1-211.

Varias cuestiones de interés emergen aquí. La primera es que las nuevas instancias creadas en el marco de la UPCA parecen haber estado desprovistas de todo poder decisorio efectivo. La segunda, que las afirmaciones son formuladas por quien (junto con Astarloa, Ayerza, Bourdieu, Casares y Pico Estrada) integraba la Junta Superior de la Liga Argentina de la Juventud Católica (rama juvenil de aquélla). La designación de Dell'Oro y de sus amigos en la Liga (que incluía además a Carlos Sáenz y a Emilio Mac Donagh como presidente y secretario de la Junta Diocesana de la Liga en La Plata) exhibe la buena y confiable imagen que debían tener a los ojos de la Jerarquía y puede responder a que los mismos estaban bastante alejados de las posiciones de los demócrata-cristianos, que eran uno de los blancos principales de la ofensiva eclesiástica. El mismo Dell'Oro Maini había competido con una figura luego emblemática de aquéllos y también ex alumno de los jesuitas, Pedro Tilli, por la presidencia del Centro de Estudiantes y se había visto envuelto en una polémica periodística con ellos. La polémica, que había partido de un artículo escrito por Dell'Oro en *Tribuna Universitaria*, en el que se oponía a la creación de un partido confesional, y había sido contestado desde el semanario *El Demócrata*, exhibía las muchas diferencias existentes entre ambos grupos.²³ Por otro lado, el mismo Dell'Oro, aunque había sido designado en la comisión de enseñanza industrial de la Junta Central de los Círculos Católicos en 1913, es decir, luego del desplazamiento de Grote, no tendrá ni entonces ni luego buenas relaciones con monseñor De Andrea.

De aquí emerge la tercera consideración: aquel grupo de jóvenes se perfila ya en 1919 como una opción diferente entre las distintas

alternativas existentes en el mundo del laicado católico. Diferente pero, como pronto se verá, no menos dócil que las anteriores a alinearse automáticamente a las directivas de la Iglesia. En cualquier caso, lo que emerge de los documentos aludidos son algunos temas que se repropondrán recurrentemente en todo el período estudiado: las tensiones irresolubles entre el laicado católico y la jerarquía eclesiástica, la necesidad de los primeros de apelar a propuestas de legitimación más o menos democrática de sus instituciones, como modo de contraponerlas a la jerarquización vertical propuesta por la Iglesia (institución por otra parte ella misma estructurada según esa concepción desde el mismo Pontífice) y la división, en las coyunturas críticas de los laicos, entre aquellos que actúan por cuenta y orden de la jerarquía y aquellos que buscan conservar márgenes de autonomía.

El resultado de la intervención y centralización en la UPCA llevó a la declinación de los Centros, tal como ocurrirá en los casos aun más drásticos de la Liga Democrática Cristiana y la Liga Social Argentina. De todos modos, Dell'Oro y otros jóvenes se estaban ya moviendo precedentemente en otras múltiples direcciones de las cuales tomaremos en consideración sólo unas pocas, dejando de lado incluso aquellas que, orientadas hacia las élites, estaban fuera del campo católico, como la Asociación del Trabajo o el Rotary Club.²⁴

A la búsqueda de un espacio universitario

En 1917 el conjunto de jóvenes vinculados con los Centros había propuesto en el seno de

²³ *El Demócrata*, Año II, N° 84-85, 9, 16 y 23 de agosto de 1917.

²⁴ Sobre el primero reenvío a las observaciones de Tullio Halperin Donghi, *Vida y muerte de la república verdadera*, Buenos Aires, Ariel, 1999.

la segunda asamblea de la Juventud Católica la creación de una nueva institución de “cultura integral” llamada Ateneo de la Juventud, que con los años devendría el Ateneo Social de la Juventud. Todos los proponentes eran universitarios y eran parte (con una excepción sobre la cual no dispongo de datos, Juan Antonio Bourdieu) de aquel grupo de las promociones 1917 y 1918 de la Universidad de Buenos Aires elencado ya precedentemente (Dell’Oro, Casares, Ayerza, Astarloa, Pico Estrada y Saubidet Bilbao). Al año siguiente se constituirá la Comisión formal destinada a impulsar el proyecto y a ella, además de los nombrados, se incorporarán algunos católicos prestigiosos de mayor edad, con los que aquellos estaban estrechamente ligados (Emilio Lamarca y el padre Gambón) o poco vinculados (monseñor de Andrea).²⁵

La voluntad de crear un espacio a la vez intelectual, social y deportivo para los estudiantes universitarios responde a varios factores. Ante todo, la causa más inmediata parece ser contrarrestar la influencia que suponían adquirirían los protestantes a través de la Asociación Cristiana de Jóvenes (YMCA).²⁶ Sin embargo, existe en todo ello también un clima de época, como exhibe la fundación en 1918 del Club Universitario de Buenos Aires, que rápidamente había llegado a superar el millar de socios. Por otra parte, se trataba de un nuevo intento de los católicos hacia el mundo universitario bajo una forma alternativa (y hasta que hubiera tiempos mejores) en relación con el por entonces ya visible fracaso de la Universidad Católica.

La historia del Ateneo expresará muy bien las vicisitudes de las relaciones entre ese grupo de jóvenes y la Jerarquía Eclesiástica, que ya aparece insinuada en la cuestión de la Liga de la Juventud. En primer lugar, debe ob-

servarse que la iniciativa tardaría más de diez años en concretarse y aun luego de su creación, de los dos institutos con que debía contar –el de Enseñanza Superior y el de Ejercicios Físicos– sólo se desarrollará este último.²⁷

La iniciativa había partido, sin embargo, bajo mejores auspicios. La presencia de los jóvenes promotores del Ateneo en la UPCA y en las comisiones de la Gran Colecta Nacional permitieron introducir entre los fines de la misma la creación del Ateneo. Efectivamente, la Pastoral sobre La Gran Colecta Nacional Pro Paz Social del Episcopado señalaba: “finalmente, por medio de centros para la formación integral de la juventud, aspiramos a robustecer el cuerpo y el alma de la adolescencia, esperanza de la patria, para que pueda cumplir mejor la totalidad de sus deberes”. Sin embargo, unas líneas más arriba, la misma pastoral indicaba también entre las finalidades “la universidad obrera y el instituto técnico femenino”. La iniciativa del Ateneo aparecía, por otra parte, de manera más explícita en las deliberaciones de la comisión directiva de la Gran Colecta Nacional enumeradas como objetivo tercero: “gran centro de formación integral de la Juventud en el sentido argentino [...] de intercambio intelectual con todo el mundo, de conferencia de profesores notables, formación cívica, laboratorio de estadistas”, mientras el cuarto refería a la Universidad Obrera Nacional.²⁸

El éxito de la Gran Colecta Nacional permitía asignar a manera de préstamo la suma de 500.000 pesos por parte del Episcopado para la creación del Ateneo. Con esa disponibilidad el proyecto podía arrancar y Dell’Oro presentó en nombre de la comisión promotora del Ateneo el boceto de Estatuto y los documentos jurídicos concernientes al traspaso del

²⁵ *Fundación Ateneo de la Juventud*, Buenos Aires, folleto, s.f.

²⁶ *La Nación*, 5 de septiembre de 1920.

²⁷ “Resolución del Vble Episcopado Argentino”, 1 de diciembre de 1928, en *Fundación...*, cit., pp. 5-6.

²⁸ Sesión del 30 de julio de 1919, en ADOM, caja 18.

dinero. Sin embargo, en 1921, la Conferencia Episcopal apoyada por el nuevo presidente (desde 1920) de la UPCA, Horacio Beccar Varela, rechazó la propuesta. Los argumentos expuestos por el arzobispo de Cuyo, José Américo, secretario de la Comisión, eran que nada garantizaba que la obra “luego deje de ser católica” por lo que, negando que se hubiese asumido ningún compromiso con la comisión promotora (que los jóvenes invocaban aludiendo al acuerdo verbal dado por monseñor De Andrea y por el asesor de la Liga, Fasolino) la Conferencia

[...] ha resuelto que sea la Liga de la Juventud que realice y dirija esa obra lisa y llanamente sea por sí o por medio de una comisión especial, pero siempre bajo dependencia de la Iglesia [...]. No se ha creído prudente conceder esa independencia que se pide a una obra que debe realizarse con dinero de la UPCA.²⁹

Casi inmediatamente todo el grupo renunció a la Junta Superior de la Liga Argentina de la Juventud Católica, renuncia que fue aceptada por la Conferencia Episcopal.

Aunque los intrincados movimientos que llevan de 1921 a la creación del Ateneo no serán analizados aquí, sí es necesario presentar los puntos principales de la disidencia entre el grupo promotor y la jerarquía eclesiástica. El primero, ya aludido, es el de la autonomía de los cursos. Observando el borrador de estatuto propuesto a aquella para la creación de la entidad, se observan todas las características de una asociación civil que era común a los clubes, las asociaciones de élite y las sociedades de socorro mutuo (el artículo 3 incluso incluye la expresión “fomentar el espíritu de cooperación y mutualidad”). Es decir una entidad autogestionada cuyos mecanismos de-

cisionales reposaban en la Comisión Directiva electiva (un socio, un voto) y en la Asamblea anual. Ciertamente, el estatuto contenía dos novedades importantes: una Junta Superior vitalicia, que tenía por propósito evitar modificaciones en el Estatuto y velar por que los fines originarios de la institución no fuesen alterados, y la presencia del Asesor Eclesiástico. Eran los dos instrumentos con los que se esperaba brindar seguridades al mundo eclesiástico. Como vimos, ellas no fueron juzgadas suficientes. Por otra parte, aun en aquellas dos figuras institucionales el poder de los laicos era grande. Los creadores de la institución esperaban nombrar la primera Junta entre “católicos notables” y la Junta misma llenaría luego las vacantes por cooptación. El Asesor Eclesiástico a su vez era designado por tres años por la Comisión Directiva “con el beneplácito del Sr. Arzobispo”. El asesor podía ser reelegido. Desde luego todo esto era inaceptable por razones muy terrenas, como dejar el poder de la asociación en manos del grupo que la creaba, pero también por cuestiones doctrinales en tanto vulneraba seriamente los principios verticales que sustentaban la lógica de la Iglesia Católica.

A la cuestión precedente se agregaban otras. La primera, que se repetirá luego recurrentemente, era financiera: la dependencia de la Iglesia para poder crear la entidad. La segunda era el tipo de público al que debería estar destinada. Si la idea de que algún sustituto se debía crear a la fallida Universidad Católica era compartida tanto por la Iglesia como por el grupo, el proyecto de éste aparece como mucho más exclusivamente destinado a la formación de una élite que los de la jerarquía eclesiástica o que los de otros sectores laicos, que se orientaban hacia los sectores medios o aun hacia la clase obrera, como exhibía la propuesta de creación de una universidad con ese nombre. Los integrantes del grupo, en cambio, no dejaban dudas en sus escritos de que aspiraban a una oferta exigente

²⁹ José Américo a A. Dell’Oro Maini, 2 de junio de 1921, en ADOM, III-1.

de mejor nivel intelectual que las del pasado y a formar exclusivamente a las élites, ya que consideraban que eran éstas las que orientaban la acción de las masas. Conquistando a las primeras se obtendría el control sobre las segundas.³⁰

El fracaso no desalentó a un grupo que conservaba otros recursos: los vínculos con el mundo universitario, con los notables católicos –en especial con el espacio de Emilio Lamarca y la disuelta Liga Social Argentina– y con la Compañía de Jesús. En especial los dos últimos permitieron con su apoyo que en sustitución del fracasado proyecto del Ateneo crearan al año siguiente los Cursos de Cultura Católica, vistos como una etapa hacia aquella institución universitaria integral destinada a formar a las élites argentinas que imaginaban.

Un programa alternativo. Los Cursos de Cultura Católica

La creación de los Cursos de Cultura Católica viene a realizar la aspiración del Ateneo en la forma original prevista por sus promotores. Es decir, como una entidad de laicos católicos independiente del control eclesiástico y en la nueva situación incluso en velada pugna con él. En sus comienzos, según el borrador de los estatutos, la entidad carecía de asesor eclesiástico y entre los socios de honor no estaba incluido ningún miembro de la Iglesia. Entre los promotores aparecían todos los integrantes de la Liga y del Ateneo ya

enumerados (y Samuel Medrano, subentrado en aquélla en 1920), más Faustino Legón y Uriel O'Farrell, al que se sumaban notables del mundo católico como númenes protectores (de Joaquín de Anchorena a Tomás Cullen, de Juan Cafferata a Ernesto Padilla).³¹

El apoyo brindado por la familia de Emilio Lamarca, a través de la cesión de la casa de propiedad de éste en la que había estado su biblioteca, base de la de la fenecida Liga Social Argentina, permitió comenzar. Los fines formales de lo que era una asociación civil estaban establecidos en el artículo 1 del Estatuto de los Cursos, donde se lee: “Instituto de Estudios Superiores en forma de Asociación que tendrá por objeto integrar la formación religiosa, cultural, social y civil de la juventud y promover el fomento de las ciencias y las artes”.³² Sin embargo, vistas las experiencias precedentes, los Cursos parecen haber funcionado durante un tiempo sin estatuto aprobado, como modo de evitar disputas con las autoridades eclesiásticas.

La imagen que existía de la nueva entidad en sus comienzos la asociaba con la Compañía de Jesús, probablemente porque varios de sus integrantes procedían de ámbitos creados por aquéllos y porque aunque no hubiese un explícito apoyo de la misma, algunos de sus miembros participaban del dictado de sus cursos desde el inicio.³³ Sin embargo, con el correr

³⁰ Acerca de dirigirse a formar una cultura de élite cf. E. Mac Donagh a A. Dell'Oro, 1 de agosto de 1920, en ADOM, III-1-319, y A. Dell'Oro Maini al P. Joaquín Añón, 9 de abril de 1920. Unos pocos años más tarde Dell'Oro escribía a Joaquín de Anchorena: “estoy convencido de que las masas no siguen ideas sino hombres y por consiguiente hay que preparar una elite de dirigentes de doctrina y carácter”. A. Dell'Oro Maini a J. Anchorena, 9 de febrero de 1928, en ADOM, Libro copiadador de correspondencia (1927-1929).

³¹ En el acto de inauguración la presencia de la Iglesia fue bastante reducida en comparación con la de años posteriores, en los que presidían y/o hablaban el nuncio o una figura relevante de la jerarquía (en general monseñor Fortunato Devoto). En 1922 hablaron Santiago O'Farrell y Dell'Oro Maini, el arzobispo de Tucumán bendijo la cruz y asistieron tres profesores de los cursos: los padres jesuitas José Ubach y Vicente Sauras y Serafín Pontín, O. A. A., “Cursos de Cultura Católica, Acta de Fundación”, 21 de agosto de 1922, en ADOM, I-4.

³² Cursos de Cultura Católica, “Estatutos”, en ADOM I-1.

³³ Al acto inaugural habían asistido dos jesuitas que estarían entre los primeros profesores: José Ubach, S.J. y Vicente Sauras, S.J. Todavía en 1924 el diario *El Pueblo* señalaba los Cursos “que dirigen los Padres de la Compañía de Jesús”, 5 de octubre de 1924.

del tiempo, la arrogancia intelectual de algunos miembros del grupo no dejará de suscitar resquemores aun con los jesuitas, como lo expresa una negativa del padre Palau a colaborar en las publicaciones de los cursos (folletos que buscaban imitar los de la Universidad Católica del Sacro Cuore de Milán) o más tarde un serio incidente por cuestiones doctrinarias entre César Pico y el padre Sauras.³⁴

Sobre las características de los cursos dictados, los profesores y el clima ideológico de la institución, nada se dirá aquí, ya que no es propósito del artículo y ha sido tratado por otros autores.³⁵ Sólo se volverá a recordar que los mismos formaban parte de un proyecto de “alta cultura”. Como afirmaba Dell’Oro:

Evitar escrupulosamente el diletantismo intelectual o religioso. No se trata de dar un barniz de cultura sino de formar criterios [...]. Los cursos no están destinados a iniciar en la doctrina —esta es función privativa de la Iglesia— sino a satisfacer la ambición legítima de los católicos iniciados que quieran ensanchar su horizonte intelectual.³⁶

Aunque el último párrafo sugiere que se trataba de una tarea ideológica más hacia dentro del mundo católico que hacia afuera, las cosas eran más complejas.³⁷ La voluntad de

construir esa alta cultura llevaba también a tratar de integrar en actividades de los Cursos, en especial en el Convivio, a jóvenes intelectuales que no pertenecían a él por entonces o nunca, como Ernesto Palacio Guillermo de Torre o Jorge Luis Borges, en lo que podía percibirse la búsqueda de conseguir un caso Cocteau argentino.

Hacia la realidad política argentina los creadores de los Centros parecen haber tenido una actitud ambivalente. Por un lado, hacia Tomás Casares, más doctrinario, trataba de mantenerse en una actitud de prescindencia ya que en tanto el único orden absolutamente bueno para el cristiano es la teocracia, a los restantes regímenes se debía juzgarlos simplemente según procediesen de acuerdo a justicia (principio de autoridad-condenación del principio democrático de la soberanía del pueblo), ya que al pueblo no le competía otra tarea que designar a las personas que han de gobernarlo. En política práctica había simplemente que apoyar a aquellos que fuesen hombres de la Iglesia o aceptasen el compromiso de someterse a ella.³⁸ Por el otro lado, en Dell’Oro Maini parecía prevalecer una actitud más pragmática que buscaba conectar ese proyecto católico con el clima político antiyrigoyenista presente en tantos sectores de la élite católica o laica. Es decir, con ese “momento Alvear” que significaba la aspiración a un reagrupamiento de la Argentina conservadora. Finalmente, era lo que Dell’Oro había sostenido ya en su polémica de 1916 con los demócrata-cristianos: no un partido católico sino la cooperación con fuerzas afines en la certeza de que los problemas argentinos no eran exclusiva ni principalmente religiosos. Lo mismo que sostendrá implícitamente con su actividad en

³⁴ Gabriel Palau, S.J. a Samuel Medrano, 23 de junio de 1926. Por otra parte, el incidente entre Pico y Sauras a causa de una desautorización doctrinaria de éste a Casares había llevado a la suspensión temporaria del primero de su carácter de profesor de los cursos. T. Casares a A. Dell’Oro, 16 de junio de 1930, ADOM, I-1-35.

³⁵ Referencias a los Cursos en L. Zanatta, *Del Estado liberal a la nación católica*, Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 1996, en S. Bianchi, art. cit., y en R. Rivero de Olazábal, *Por una cultura católica*, Buenos Aires, ISTD, 1986.

³⁶ A. Dell’Oro Maini, “Espíritu y carácter de la enseñanza”, en ADOM, I-1-436.

³⁷ “Nos proponemos en los Cursos de Cultura Católica alcanzar una doble finalidad: Rectificar con el concurso de los Colegios católicos la enseñanza religiosa y

despertar en los jóvenes católicos la iniciativa y el método del trabajo intelectual”, Cursos de Cultura Católica (dactilografiado), en ADOM, I-4-1.

³⁸ T. Casares a Atilio Dell’Oro Maini, s. f. (c. 1927), II-1-108.

la Asociación del Trabajo o con sus vínculos con Leopoldo Melo, de cuya cátedra era profesor suplente en la Facultad de Derecho.

Por ello, la iniciativa más ambiciosa de los Cursos hacia afuera del mundo católico —el ciclo de conferencias de 1923 sobre “la vocación”— puede computarse más como una iniciativa personal de Dell’Oro.³⁹ En efecto, según el programa de la misma, además de los oradores —entre los que estaba Joaquín de Anchorena hablando sobre “la vocación política” y Alejandro Bunge disertando sobre “la vocación y la vida económica argentina”—, debían participar en ella cuatro de los ocho ministros de Alvear: el de Relaciones Exteriores, Ángel Gallardo, y el de Justicia e Instrucción Pública, Celestino Marcó, que presidían dos de las conferencias, y los de Guerra, General Agustín P. Justo, y Marina, almirante Manuel Domecq García, invitados especiales a la que sobre “la vocación militar” daba el capitán de navío Segundo Storni. Como se ve, un *rassemblement* de políticos, militares, eclesiásticos e intelectuales, bien significativo.

En cuanto a las relaciones con el mundo católico, el grupo organizador de los cursos trataba de moverse con independencia, sea de la jerarquía o de las distintas facciones en las que éste se encontraba tenazmente dividido. Así, en la programación de las conferencias de 1923 fueron invitados a presidir dos de las sesiones monseñor De Andrea (quizás por sus conexiones con el gobierno) y el nuncio apostólico Beda di Cardinale. Sin embargo, en ocasión del conflicto por la designación del primero, los Cursos se inclinaron resueltamente hacia la posición del Vaticano contra una figura ya precedentemente poco estimada como De Andrea, organizando incluso un desagravio a la figura del Papa y a la persona del nuncio, atacado por distintos medios de

prensa argentinos.⁴⁰ Por otro lado, las posiciones también eran distantes de las de monseñor Franceschi, quien, por su parte, prohijaba con Alberto Molas Terán, con menos éxito, otro centro de estudios católicos, el Instituto Félix Frías, que aspiraba a realizar un tipo de tareas semejantes a la de los Cursos, aunque más orientadas a la economía y la sociología y menos a la filosofía.⁴¹ Más conflictivas eran las relaciones con la Unión Democrática Argentina, con la que perduraban los antiguos enfrentamientos desde los tiempos de los Centros Católicos de Estudiantes. En cualquier caso, el grupo de los Cursos no dejaba de suscitar desconfianzas en muchos ambientes de la Iglesia y del catolicismo, como lo prueba la oposición de los benedictinos a que abriesen una filial de los mismos en Belgrano o la hostilidad ocasional del diario *El Pueblo*.⁴²

Mantener la independencia no resultaba de todos modos sencillo ya que, en la medida en que los Cursos tenían éxito, la jerarquía eclesiástica intentaba avanzar sobre ellos para ponerlos bajo su control. La voluntad de ésta de englobar los Cursos dentro de las iniciativas de la Obra del cardenal Ferrari que se instalaba en el país suscitó, en 1927, la negativa de los Comisionados que dirigían los Cursos con el argumento de que éstos debían mantener a toda costa la independencia.⁴³ Del igual

⁴⁰ *Ultima Hora*, 6 de octubre de 1924.

⁴¹ Existía con todo una propuesta de tratar de atraer a los jóvenes que seguían a Franceschi y Molas Terán. Cf. Resoluciones de la 8va Reunión de Comisionados (de los Cursos), 29 de abril de 1927, en ADOM, I-4-499. Acerca de los propósitos del Instituto Félix Frías, un folleto del mismo anunciaba “la creación de cursos para la enseñanza de las ciencias sociales a fin de difundir la enorme riqueza doctrinaria de la Iglesia en esa materia”. En él dictaban las primeras cátedras el presbítero Dr. Molas Terán, “Introducción a las Ciencias Sociales”, y monseñor Gustavo Franceschi la de “Economía social”.

⁴² Padre Andrés Azcárate (Superior de los Benedictinos) a A. Dell’Oro, 9 de mayo de 1927, en ADOM.

⁴³ “La más elemental prudencia nos aconseja conservar a los Cursos en su más absoluta independencia [...]. Es

³⁹ Acerca del debate entre Dell’Oro y Casares sobre si tratar o no temas de política actual en los Cursos, cf. Reunión de Comisionados del 17 de febrero de 1927.

modo, se negaban a recibir bienes y subsidios en la certeza de que, como en 1919, ellos implicarían una pesada hipoteca. Sin embargo, en las reuniones de los Comisionados de 1927 se encontraba ya un asesor eclesiástico, el Padre Zacarías Vizcarra (que era además profesor y Censor de la Circular Informativa de los Cursos desde tiempo antes). Todo ello exhibía que la independencia de 1922 había sufrido recortes. Seguramente inevitables, ya que en tanto los miembros del grupo de los Cursos aspiraban a intervenir en la vida cultural como católicos, necesitaban una legitimación de la autoridad que reconociese ese carácter y que les permitiese además (cuanto más cerca estuviesen de una posición de privilegio en la constelación católica) tomar ventaja sobre otros grupos rivales.

En 1927 un legado (Vermer Reverieux) a la Curia para la creación de una Universidad Católica llevó a que el grupo de los Cursos, en especial Casares y Dell'Oro, se lanzase a tratar de reproponer el antiguo proyecto del Ateneo, sólo que visiblemente ampliado. Quizás estaban ahora alentados por el apoyo que les brindaba el nuncio apostólico, Cortesi. El proyecto era un ambicioso Instituto Católico de Buenos Aires, que contendría como una sección los Cursos, y otras de estudios complementarios a los dictados en la Universidad, además de labor universitaria en investigación científica (que incluía laboratorios y trabajos prácticos), becas, biblioteca, publicaciones y pensionado universitario. Es decir, todo menos expedir títulos.

La propuesta, aunque mucho más moderada que la de 1920, en cuanto a la ingerencia que se admitía ahora de la jerarquía eclesiástica, no dejó de suscitar igualmente reparos. Ahora concernían menos (explícitamente) al tema de la independencia y más al del tipo de

institución que se quería crear. La acusación de elitismo para el proyecto de Casares y Dell'Oro era formulada incluso por el mejor aliado que los mismos tenían en el Arzobispado, que era el obispo auxiliar de Buenos Aires, monseñor Fortunato Devoto, quien así se expresaba: "El Instituto de ustedes es ostensiblemente para una élite. Yo pienso que la élite debe ser un punto de salida, no de entrada". Con todo, el tema de la independencia, aunque fuese intelectual, de los laicos en una estructura de ese tipo seguía igualmente presente, pese a que los sucesivos borradores de estatuto iban concediendo cada vez más poder a las autoridades eclesiásticas.⁴⁴ Quizás en busca de una alternativa, los propulsores (Dell'Oro y Casares) le ofrecieron a los jesuitas la dirección del mismo, sin éxito.⁴⁵ Finalmente, pese a las muchas concesiones hechas por los miembros de los Cursos, todavía *in extremis* la Curia había intentado encargar del Instituto a la Obra del cardenal Ferrari, que se excusó, y aun en el último minuto tenía dudas sobre la conveniencia de aprobarlo.⁴⁶ Con todo, los promotores lograron su cometido y la piedra fundamental del edificio era puesta a fines de 1927 por el ministro Sagarna (en reemplazo de Alvear, sedicente enfermo) y a fines de 1928 nacía estatutariamente el Ateneo (ahora social) de la Juventud.

Las vicisitudes del Ateneo, entidad independiente con personalidad jurídica pero cu-

⁴⁴ En la misma carta Devoto señalaba el problema en sus términos más generales. La ausencia de recursos humanos intelectuales en el país obligaría a buscarlos fuera pero, agregaba, "una vez atraídos ¿como controlarlos y gobernarlos?", Mons. Fortunato Devoto a Tomás Casares y A. Dell'Oro Maini, 28 de junio de 1927, ADOM, III-1.

⁴⁵ La negativa de éstos en Ramón Lloberola, S.J. a A. Dell'Oro, 12 de agosto de 1927.

⁴⁶ A. Dell'Oro Maini a J. Mayol, 18 de noviembre de 1927, en ADOM, III-1-211. Tras describir las reticencias de los monseñores Duprat, De Andrea y Devoto, Dell'Oro agregaba que monseñor Cortesi "fue el hombre decisivo".

condición necesaria de su vida futura." Resoluciones de la 23ª Reunión de Comisionados, 4 de noviembre de 1927, en ADOM, I-4-452.

yo Consejo Superior era totalmente designado por el arzobispo, nos llevarían muy lejos. Baste observar que, como ya señalamos, de las dos ramas del mismo –el Instituto de Enseñanza Superior (en el que se integraban los Cursos de Cultura Católica), “destinado a proporcionar a nuestros universitarios la alta cultura filosófica y religiosa que necesitan, al propio tiempo que maestros, laboratorios, elementos con que adquirir o intensificar su formación científica”, y el Instituto de Ejercicios Físicos–, sólo tuvo actuación el segundo, a partir de la inauguración de su edificio en la calle Riobamba, en ocasión del Congreso Eucarístico en 1934. En cambio, el de Enseñanza Superior no se llegó a construir pese a que, según el proyecto, debía ser el primero en crearse.

Todo esto refleja bastante bien, para esos años de entreguerras, un relativo desinterés de la Iglesia argentina hacia la creación de una institución de ese tipo que, como la experiencia le indicaba, le sería difícil controlar. Por ello y/o por una tendencia antintelectualista presente en la misma, de todos los proyectos sólo quedaban subsistentes los Cursos, que era la única iniciativa realizada autónomamente por laicos. Sobre esa institución se dirigirían en la década de 1930 los esfuerzos del Arzobispado para subordinarla plenamente a la autoridad eclesiástica.

Ampliar el campo de influencia: la revista *Criterio*

Disponemos ya de varios estudios sobre la revista *Criterio*. El conjunto de los mismos ha sustentado sus distintas interpretaciones en diferentes miradas sobre el contenido de la misma.⁴⁷ Me propongo aquí introducir unos

pocos elementos desde la perspectiva que emerge de las fuentes disponibles en el archivo de Dell’Oro, pero sólo en relación con el tema de las relaciones laicos-eclesiásticos.

La idea de crear un órgano de difusión surge hacia 1925 como una prolongación de la labor desarrollada en los Cursos. En las discusiones iniciales parecen emerger dos proyectos contrapuestos que reflejan el debate aludido de los Cursos. Algunos se inclinaban por “un periódico de ideas que apareciese diariamente, un nuevo tipo de diario, de síntesis, de noticias ordenadas y juzgadas”. Descripción que parece encajar con *L’Action Française*. Para Dell’Oro, en cambio, un diario católico “carece de una masa de lectores y de un ambiente propicio: él ha de hacerlos”, y además “existen en el periodismo nacional dos colosos imposibles de superar”. Su alternativa era “un semanario (no ‘revista’) de orientación y combate, bien escrito, bien informado” –no sólo de orientaciones religiosas, ya que en el país había gravísimos problemas– donde “lo religioso y lo económico, lo intelectual y lo político” conviviesen, sin ser “órgano de ningún partido” ni intervenir en política electoral.⁴⁸ Periódico dirigido a “personas más o menos instruidas con suficiente capacidad para apreciar las ideas generales y con alguna curiosidad intelectual para preocuparse de ellas”, para lograr el objetivo que era “conquistar para nuestras ideas el gobierno de la conciencia pública del país”.⁴⁹ Un estilo chester-bellociano de sentido co-

dicionismo en la Argentina moderna. Una historia, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002; O. Echeverría “Los intelectuales católicos hasta el golpe de estado de 1930: la lenta constitución del catolicismo como actor autónomo de la política”, en *Anuario IEHS*, 17, 2002.

⁴⁸ “Apuntes para la fundación de un diario”, 15 de abril de 1925, en ADOM, II-1-3.

⁴⁹ “Bases para la fundación de un periódico”, 21 de marzo de 1926, en ADOM, II-1-11. Casares por su parte se inclinaba por algo más doctrinariamente religioso “con intención sobrenatural de apostolado”.

⁴⁷ M. E. Rapallo, “La Iglesia católica argentina y el autoritarismo político: la revista *Criterio*”, en *Anuario del IEHS*, 5, 1990; L. Zanatta, *Del Estado liberal a la nación católica*, cit.; F. Devoto, *Nacionalismo, fascismo y tra-*

mún, más buen gusto literario abierto a las nuevas corrientes estéticas. Como es visible, esta alternativa será la triunfante y ella implicaba también una apertura hacia el mundo de los intelectuales laicos como parte de esa estrategia, a la vez cooptativa y aliancista, que era la suya.

En el éxito de la propuesta de Dell'Oro pueden encontrarse muchas causas, la más importante de las cuales quizás resida en que se trataba del único del grupo que tenía las relaciones necesarias para conseguir la financiación que debía buscarse, más aun que en el mundo de las élites católicas, en el de aquellas empresas con las que había estrechado relaciones en su papel de secretario de la Asociación del Trabajo. En especial si, como veremos, se buscaba eludir obtener financiación del Episcopado, teniendo en cuenta los precios políticos que se deberían pagar por ello.

La operación inicial fue, por un lado, la búsqueda de los accionistas de la empresa editorial y, por el otro, de los suscriptores individuales o empresariales que permitiesen sostener una publicación de jerarquía con un staff permanente y colaboradores remunerados, que tirase al menos 5.000 ejemplares. Los argumentos hacia los primeros se detendrían más en las características intelectuales de la operación: publicar “algo legible y útil para el ‘tout le monde’ que dirige nuestro país”.⁵⁰ Los referidos a los segundos (que iban de La Forestal a Tornquist) insisten más en presentar argumentos algo truculentos hacia las amenazas sociales e ideológicas, del tipo del avance de “las ideas comunistas en el país”.⁵¹ El grueso de la financiación debía buscarse en el mundo de las élites sociales argentinas (muchos de cuyos integrantes se incorporarán a la editorial como accionistas

—de Martínez de Hoz a Pereyra Iraola o a Santamarina—) y en el de las empresas, pero no en el Episcopado.⁵² La presentación del proyecto a monseñor Bottaro por parte del Comité organizador señala diplomáticamente que la nueva editorial (Surgo) “ha querido aceptar la suscripción, por parte de la Autoridad Eclesiástica, de acciones de la Sociedad Anónima para preservar que pudiera ser imputada de actos ligados con la revista [y tener] toda la libertad que es compatible con los preceptos canónicos”. En cualquier caso, esa libertad a que aspiraban, vistas las experiencias precedentes, tenía una férrea limitación en el derecho canónico, el canon 1393, que establecía el Censor eclesiástico.⁵³

Los modos de resolver los potenciales conflictos parecían ser la apelación a los buenos vínculos con Zacarías de Vizcarra, que participó de las reuniones iniciales y era el censor de los Cursos —y que se mostraba aparentemente cooperativo y entusiasta con la idea—,⁵⁴ y las seguridades pedidas al Arzobispado y concedidas por éste acerca de la independencia política de la nueva publicación.⁵⁵ Sin embargo, pronto se vería que todo era una ilusión. Apenas aparecida la revista, empezaron los conflictos con Vizcarra por cuestiones doctrinarias, eclesiales, ideológicas,

⁵² Entre los suscriptores aparecen Campomar (25 ejemplares), Tornquist (100), Ferrocarril de Buenos Aires al Pacífico (100), La Forestal (120) y la Sociedad Anónima Importadora y Exportadora de la Patagonia (1500 pesos). En ADOM, II-1-312.

⁵³ Exposición presentada al Excmo y Rvdo. Señor Arzobispo de Buenos Aires, Monseñor José María Bottaro por el Comité organizador de la Editorial Surgo, 23 de marzo de 1927, en ADOM, II-1-3.

⁵⁴ Z. Vizcarra a J. Mayol, 14 de febrero de 1927, en ADOM, II-1-252.

⁵⁵ “Al tratarse esta mañana en el Consejo Espiritual la cuestión de las garantías exigidas para la independencia política de *Criterio*, el Exmo. Arzobispo y sus dos vicarios estuvieron contestes en remarcar que esa independencia era indispensable para el éxito de la proyectada revista”, Mons. Fortunato Devoto a A. Dell'Oro, II-1-262.

⁵⁰ Samuel Medrano a Pedro J. Schang, 12 de diciembre de 1923, ADOM, I-4-348.

⁵¹ ADOM, II-1-33, II-1-312.

morales y estéticas.⁵⁶ Una publicación de las características de *Criterio*, llevada a cabo por “jóvenes pretenciosos e ilusos”, era en el fondo incompatible con la Iglesia argentina de entonces. La sustitución temporal de Vizcarra (que renunció como Censor pero siguió como accionista de la editorial) por monseñor Devoto y luego por monseñor Fasolino, no resolvió el problema. Por otro lado, la creciente belicosidad de algunos de los miembros del grupo (como Ernesto Palacio o César Pico) agravaba las cosas.⁵⁷ El intento mediador de Dell’Oro de pasar la dirección interina a Casares no redujo las tensiones. Todo colapsó y el Directorio exigió la renuncia de Dell’Oro. El conjunto de redactores, solidario con él, también renunció. Un intento *in extremis* de los miembros del Directorio presidido por Tomás Cullen de convencer a Casares para que permaneciese en el nuevo comité de dirección fracasó.

En la lógica del análisis que hasta aquí hemos desarrollado, el conflicto era desde el comienzo inevitable. El Arzobispado no estaba dispuesto a permitir la existencia de una publicación independiente y abierta al mundo laico y a las vanguardias como *Criterio*.⁵⁸

⁵⁶ Cito a modo de ejemplo: “las alabanzas que tributaba el Dr. Palacio a Lugones no se encuadraban bien en la enseñanza de la S. Sede, acerca de la prudencia que se ha de tener al ensalzar a los escritores impíos. El que los ensalza sin necesidad y sin reservas es cooperador del mal que ellos pueden producir [...] al juzgar a Lugones basta su impiedad, su odio al cristianismo y sus ataques a la moral cristiana, para administrar sus alabanzas con la misma prudencia que los venenos”. Z. Vizcarra a A. Dell’Oro, 9 de abril de 1928, en ADOM, II-2-258. Pero que no era sólo cuestión de Vizcarra lo muestra la nota de monseñor Devoto acerca de un artículo donde se hacía referencia a “la democracia primitiva de la Iglesia”. “Esta ha sido siempre una sociedad jerárquica” respondía el prelado. Cf. Mons. F. Devoto a A. Dell’Oro, 21 de enero de 1929, en ADOM, II-2-273.

⁵⁷ Que Pico había sostenido una línea más dura que la Dell’Oro contra el Directorio y su “catolicismo de mojigatos” puede verse en C. Pico a A. Dell’Oro Maini, s.f., en ADOM, II-2-30.

⁵⁸ Dell’Oro en carta a Cullen, inmediatamente luego de la aceptación de su renuncia éste prefiere preservar al

Los argumentos que se emplearon no aluden a un móvil político (pero ese tipo de argumentos explícitos nunca está presente explícitamente en la jerga eclesiástica, al menos en el período considerado) ni tampoco al problema del poder en la relación laicos-eclesiásticos. De todos modos, aunque formales, no están desprovistos de interés. Por un lado, aludían al fracaso financiero de la publicación, incapaz de llegar a un número amplio de lectores, y, más importante y en relación con el último aspecto, el constituir una propuesta de una élite para otra élite. Ello reflejaba la perplejidad que la revista había suscitado en los ambientes católicos, como testimonian numerosas cartas en el archivo, por distintos motivos. Algunos se oponían a lo que juzgaban era el carácter opositor y hostil de la misma hacia Yrigoyen y su gobierno. Otros, hacia la supuesta procacidad de sus imágenes. Otras lo hacían, simplemente, hacia la ilegibilidad de la misma. Finalmente, no era una revista para la parroquia ni para la Argentina “profunda” y esto era lo que el Episcopado quería. Con todo ello, lo que se cuestionaba en el fondo era el tipo de proyecto que ese grupo de jóvenes encabezado por Dell’Oro había estado proponiendo para la cultura y la sociedad argentina desde la década de 1910.

Los integrantes del grupo que hemos seguido en estas páginas y que han visto desarticulados una y otra vez sus proyectos no abandonan sin embargo el campo. La pregunta por el qué me ha intrigado bastante. Dos argumentos

Episcopado y cargar contra Vizcarra “cuya disconformidad con *Criterio* se manifestó desde los primeros números”, fundada en sus “orientaciones intelectuales que juzga demasiado elevadas y oscuras para el nivel común de los lectores y en el carácter general de su literatura que siempre ha repudiado. Pretendía cambiar el tono y rebajar el vuelo de la Revista”. Véase A. Dell’Oro Maini a T. Cullen, 18 de noviembre de 1929, en ADOM, II-2-11. Tomás de Lara señalaba por su parte que esas opiniones eran compartidas por un observador externo como el padre Furlong y desde luego por Cullen. T. De Lara a A. Dell’Oro, s.f., II-2-45.

pueden ser presentados aquí: por un lado, no parece haber alternativas fuera del campo (el fracaso “modernista” así lo había exhibido años antes). Por el otro, existían otros espacios por preservar. La Iglesia interviene sobre *Criterio* pero no sobre los Cursos, que siguen en sus manos aunque no sin dificultades y ofensivas durante casi toda la década de 1930. Además, la iniciativa del Ateneo, que recién estaba en sus comienzos, era otro terreno donde al menos Dell’Oro quería jugar sus cartas.

Dos hipótesis a modo de conclusión

Los repetidos conflictos que han sido presentados en este trabajo pueden ser explicados de diferente modo. Uno es atribuirlos a un juego de personalidades (De Andrea, Espinosa, Bottaro, luego Copello, etc.). Otro es ligarlo a un problema de las estrategias que el Vaticano o la Iglesia argentina llevaban en distintos momentos para acentuar sus tendencias centralizadoras. No niego la validez de esas explicaciones, sólo propongo, a modo de hipótesis, otra. Ellas pueden entenderse también como parte de una lógica más perdurable que remite al tipo de configuración que presenta el mundo católico. A medida que avanzaba en la investigación, me parecía cada vez más que todo el juego recordaba de alguna manera la sociedad cortesana admirablemente descripta por Norbert Elias, en la que la estabilidad de la configuración es bastante independiente de las personas que ocupan distintos puntos en la misma. La relación entre el centro (el monarca), la corte y los grupos periféricos a ellas recuerda la que hemos descripto.⁵⁹ Finalmente, la estructura de la Iglesia Católica ¿no es la última de las monarquías tipo Antiguo Régimen existentes?

Ciertamente esa imagen no es necesariamente contrapuesta a la de Poulat utilizada

por Susana Bianchi. Sólo que quizás la modelización de Elias permite subrayar bien dos elementos: el carácter permanente del conflicto entre laicos y eclesiásticos y la dinámica faccional que rige las disputas en la sociedad católica. Esa dinámica puede ser seguida en toda la década de 1930 en los avatares de los Cursos y quizás, más que en cualquier otro lado, ella es presentada en una carta de Mario Amadeo, a la sazón secretario de la Embajada argentina ante la Santa Sede, que exime casi de mayores comentarios:

[...] la Santa Sede reconoce la obra realizada por los Cursos y admite que la índole especial de su apostolado requeriría una dirección laica y una intervención eclesiástica limitada al resguardo de la doctrina; cree que el Cardenal [Copello] no comprende ni valora ni la importancia de los esfuerzos hechos ni los resultados alcanzados y que es infundada la desconfianza hacia el grupo de fundadores y dirigentes de la Institución [...]. Pero frente a estas razones hay otras que para la Santa Sede son más poderosas y anulan a las primeras. El Cardenal Copello ha planteado terminantemente una cuestión de confianza, exigiendo en su calidad de ordinario diocesano la entrega del gobierno y el contralor directo de los Cursos, pedido que fue hecho directamente al Papa [...]. Además, terminó Monseñor Sandri, los Cursos nunca han contado en Roma con un protector suficientemente poderoso como para contrarrestar la influencia del Cardenal de Buenos Aires. Nombré entonces al Nuncio y a Monseñor Devoto. Sandri me contestó sonriendo: un Nuncio aquí significa poca cosa. Si ustedes tuvieran a un Cardenal Prefecto de Congregación a su favor el resultado sería tal vez diferente”.⁶⁰

⁵⁹ N. Elias, *La sociedad cortesana*, México, FCE, 1982.

⁶⁰ Carta de Mario Amadeo, secretario de la Embajada Argentina ante la Santa Sede a Mario Mendioroz (con copia a Tomás Casares y Atilio Dell’Oro Maini), 8 de mayo de 1940, en ADOM, I-1-491.

He ahí con toda claridad el complejo juego de actores que ritma la vida católica, la estabilidad de ciertos roles independientemente de quien los ocupe (por ejemplo el de cardenal) y la dinámica inestable de las alianzas políticas.

Adicionalmente, también puede hipotetizarse que esa dinámica faccional está dominada por una lógica gradualista y de equilibrios. En este sentido, la victoria de un grupo sobre otro nunca es total ni definitiva. Ya presentamos ese complejo juego en varios momentos precedentes; quizás sólo se podría agregar aquí que, por lo menos para Dell'Oro, aun la pérdida de la independencia de los Cursos no significó una derrota total. Simultáneamente, la Sagrada Congregación de Seminarios del Vaticano se negó en 1939 a aceptar el pedido del Arzobispado de Buenos Aires de liquidar los bienes del Ateneo sustrayéndoselos a la Asociación Civil y pasándolos a propiedad del mismo.⁶¹

Dicho todo ello, propondría una segunda hipótesis, no sociológica sino histórica. Aunque todas las *societas* católicas estén dominadas por una dinámica semejante, hay especificidades nacionales de cada configuración ligadas con las características históricas de construcción de una Iglesia nacional (y también con las del campo intelectual).⁶² En el caso argentino, podría alentarse a los historiadores del movimiento católico a proponer

una caracterización de la misma. Una sugerencia, a modo sólo de hipótesis, es que esa Iglesia, al menos en el período de entreguerras (y como la carta precedente muestra bien), estaba mucho más cerca de un “tipo” si se quiere salesiano que de un “tipo” jesuita. Es decir, bastante más antiintelectual y rústica que otras, con un aire de familia con la sólida Iglesia campesina de la Italia del Norte.⁶³ La historia del Ateneo es bastante reveladora de un desinterés —que era también preocupación— por crear ámbitos que difícilmente iban a poder controlar sin resistencia. Así, era mejor un Instituto de Educación Física que otro de Estudios Superiores. Por ello quizás (y subrayo: sólo quizás) la Argentina sea una “nación católica”, pero no creo que pueda afirmarse que la alta cultura argentina sea católica. En el fracaso de los proyectos del grupo de Dell'Oro moría la posibilidad de dar una seria batalla en ese terreno (más allá del interés retrospectivo que el grupo de los “Cursos” ha suscitado entre los historiadores, su influencia no fue demasiado lejos). Quizás porque la Iglesia la consideraba una batalla menos relevante que otras en las que prefirió empeñarse mucho más. Éstas eran la presencia capilar en el territorio y la conquista desde allí de otros segmentos de la sociedad. □

⁶¹ A. Dell'Oro Maini a Antonio Caggiano, 6 de agosto de 1965, en ADOM, caja 18,

⁶² Sobre el mismo problema de las tensas relaciones entre escritores y jerarquía eclesiástica, pero con modulaciones diferentes en cuanto a las posibilidades de autonomización del intelectual católico, véase el caso francés analizado por H. Serry, *Naissance de l'intellectuel catholique*, París, Ed. La Découverte, 2004.

⁶³ Por lo demás, ello es bastante congruente con el perfil histórico social de buena parte del episcopado argentino: origen rural e inmigratorio con fuerte ascendencia en el norte de Italia. Cf: J. L. de Imaz, *Los que mandan*, Buenos Aires, EUDEBA, 1964, pp. 173-176. Debo la observación acerca de las semejanzas con la Iglesia del norte de Italia a Tulio Halperin. Con todo, en el ámbito de aquella Iglesia tan bien caracterizada por Antonio Gramsci pudo surgir una iniciativa como la Universidad Católica de Milán, que tanto envidiarían los jóvenes intelectuales católicos argentinos.